El 25 de Abril, con excepción de la compañía del 99 dejada en Veracruz, estaba en Orizaba todo el cuerpo expedicionario francés. Dos compañías de infantería y una sección de artillería de marina, fueron designadas para guarnecer á esa ciudad, donde quedaron cuatrocientos sesenta y tres enfermos y ciento veinte mil raciones; el mando de la plaza se encomendó al comandante Mr. Campion, de la infantería de marina.

Resuelto el general Prim á retirarse, había reunido en junta de guerra á todos los jefes de la división expedicionaria española. El aspecto del conde de Reus nada revelaba de las profundas emociones, del disgusto que sentía, al ver destruida la obra en que tanto empeño tomara; estuvo afable con sus subalternos, y mostró la misma tranquilidad y sosiego que le caracterizaban en todas las ocasiones solemnes. Después de comer invitó á los jefes á pasar al salón, y allí, estando todos de pie, les dirigió una arenga recordándoles lo estipulado en el Convenio de Londres y los pensamientos de la coalición; les relató los pasos dados desde que llegaron á Veracruz las fuerzas europeas, y el cambio que en los ánimos había producido la política suave y conciliadora adoptada; se refirió al Convenio de la Soledad y á las consecuencias de él, creyendo en una solución pacífica. "Pero Dios no lo ha querido así, dijo Prim con profunda emoción, tal vez aun no ha llegado la hora de salvación para este desgraciado país." Habló de los emigrados, del proyecto de monarquía en favor del Archiduque Maximiliano de Austria, que calificó de absurdo y opuesto á la voluntad de los mexicanos; refirió la conferencia del día 9 y dijo que España no era una nación que se dejaba remolcar por nadie, y que no pudiendo oponer la fuerza, ni autorizar lo que hacían los franceses, ni ser pacíficos espectadores, no les quedaba más que retirarse, dejando que el mundo les juzgase. No profirió palabras de queja ni contra los emigrados mexicanos, ni contra los franceses, dejando á éstos la responsabilidad de lo que pasaba, y recomendó á los jefes la mayor cordura y moderación diciendo que iba á dar las órdenes para la marcha.

Dirigiéndose el general Prim á la junta compuesta de los jefes de las brigadas y coroneles de los cuerpos expedicionarios, les dijo entre otras cosas: "de enemigos que se nos presentaron los mexicanos y como agresores en Veracruz, hemos podido ir viendo trasformar su odio, su irritabilidad natural, en diversos grados de estimación, hoy ya bastante manifiesta para dudar del buen éxito que nuestra conducta habría alcanzado en el país, término á que se marchaba con alguna lentitud, pero con seguridad; y no dudo que dentro de muy poco habríamos llegado á México bajo el prestigio de la razón y en medio de la paz, consiguiendo sin violencia ese bien, esa felicidad que tanto ha recomendado nuestra Reina y que es el propósito del sagrado pacto de Londres, que yo llegué á creer no pudiese tener interpretación alguna por parte de nadie, ni menos creer que se dejara de mirar como el solo objeto de nuestra filantrópica misión."

Después de referir los motivos de la ruptura con los comisarios franceses, añadió: "He pensado mucho, he recurrido á todas las fuerzas de mi imaginación, para ver de encontrar un modo hábil que nos permitiera no abandonar el país mexicano; pero por más tortura que he dado al pensamiento, no he hallado nada que me pueda hacer faltar á la lealtad y buena fé con que he debido proceder en la misión que me fué confiada. El dilema es muy sencillo: ó tomamos parte con los franceses, ó permanecemos neutrales descansando sobre las armas á presenciar hechos contrarios al espíritu de la expedición; en el primer caso faltamos á la Convención de Londres mandada acatar fielmente por los gobiernos aliados; en el segundo supuesto, ni las armas españolas pueden consentir el ridículo de una posición espectante, ni aceptar el compromiso. No veo en consecuencia otro medio, como á su vez lo han visto los ingleses, que retirarnos del país; en consecuencia, mañana extenderé las órdenes para emprender la marcha á Veracruz y que se embarquen las tropas para la Habana." Recomendó abstenerse de toda conversación con los franceses y evitar todo disgusto con éstos, á los que calificó de buenos soldados é intrépidos militares.

Al verificarse el rompimiento del tratado de Londres, estuvo á punto de estallar en Orizaba un conflicto entre las tropas españolas y las francesas, evitado por la intervención del conde de Reus, quien no logró dominar completamente la exaltación de los ánimos, pues hubo algunas desgracias. Al día siguiente varios oficiales españoles fueron á ofrecer sus servicios en las filas de los mexicanos; pero no habiendo en Acultzingo caballos prevenidos, dos oficiales se quedaron allí y fueron presos por una escolta de cazadores de Africa que había salido en su persecución; el pueblo quiso defender á los oficiales y el alcalde logró que le fueran entregados y pasaran á servir á las órdenes del general D. Ignacio Mejía.

Después llegaron á Puebla en grupo treinta soldados españoles, algunos con armas, en su mayor parte de artillería é ingenieros, y en seguida algunos cientos se fueron á unir á las filas de ese mismo general. Por tal motivo pidió explicaciones el jefe francés al español, y éste le contestó que él también lo sentía, porque hasta las armas se llevaban. El 14 de Abril había expedido el general Zaragoza una proclama en el cuartel general situado en Chalchicomula, anunciando que iba á comenzar la lucha y que tenía fe ciega en el triunfo: "vamos á poner, dijo, la primera piedra del grandioso edificio que librará á la Francia del vasallaje á que la han sujetado las bayonetas de un déspota."

En una carta que publicó el general Prim, manifestaba los motivos que tuvo para retirar de la expedición á México el contingente español; los franceses habían resuelto intervenir en los negocios de México, contra lo estipulado en la convención que formó la base de la alianza primitiva para reclamaciones legales y satisfacción de agravios. "Los soldados del Emperador, dijo el general Prim, permanecen en el país para establecer un trono en favor del Archiduque Maximiliano." La opinión del conde de Reus fué: que todo eso era una locura. La empresa había sido en todos sus puntos un extravío; los aliados emplearían mucho tiempo y sacrificarían vidas luchando sin conseguir resultado alguno positivo. Los que defendían la política napoleónica achacáronle á Prim, que su lenguaje enérgico pro-

venía más bien de que se le había quitado á España la iniciativa en la empresa, y no por desaprobación del fin propuesto.

El 10 de Abril había emprendido su marcha de Orizaba una de las brigadas del ejército español; al día siguiente continuaron otras fuerzas y una batería de cañones, y se creía que poco tardarían en marcharse todas las demás tropas españolas. Ya se sospechaba que los franceses, en vez de retirarse á Paso Ancho, avanzarían hacia Orizaba; pero el gobierno de México no lo creía, pues el Sr. Doblado salió de México el día 16 rumbo á Orizaba, para conferenciar con los Sres. Wyke y Prim, deseoso de que no fracasaran sus esfuerzos en favor de la paz, enteramente ignorante de los designios de los franceses, ya muy claros, al no hacer caso de las razones de los representantes de España é Inglaterra, para que no se cambiara la política adoptada.

En los momentos en que el general Prim decidía dejar á México, aun quería también tratar con el Sr. Doblado. Este le había escrito con fecha 12 diciéndole: "Yo no querría que se fuese usted de la República, sin que hiciéramos un tratado que llevara usted á S. M. la Reina, como una prueba de las simpatías que ha sabido usted conquistarse en México por su conducta noble, recta y verdaderamente diplomática." "Tengo la persuasión íntima de que no hay motivos para que las relaciones de dos pueblos hermanos y semejantes en costumbres, permanezcan interrumpidas; y si usted está dispuesto, iré con mucho gusto á Orizaba ó cualquier otro lugar que usted me designe, para tratar; estoy cierto que es un medio bueno para entendernos." Le contestó el general Prim, aceptando, en unión de Mr. Wyke y el comodoro Dunlop, la cita relativa al tratado que convenía hacer antes de dejar la República, señalando para ella el día 17.

Resuelta la retirada de las fuerzas españolas en la conferencia del día 9, convino Prim con los comisarios franceses en que el día 20 pasaría él por Paso Ancho con sus últimas tropas, y que al siguiente día podrían avanzar los franceses sobre el Chiquihuite; esperaba Prim al general Doblado el 19 en la tarde, pues que había ofrecido ir á concluir tratados con los ministros inglés y español, cuando con sorpresa supo Prim que los franceses volvían sobre Orizaba. El día anterior, 18, había pasado por esa ciudad el general Zaragoza con dos batallones y una batería, llevando el ánimo de seguir el movimiento de las fuerzas francesas, para ir ocupando las posiciones que abandonaran y que pensaba defender.

A las doce de la noche recibe Prim una comunicación del general Laurencez, diciéndole que en adelante era él quien mandaba; que el hospital de Orizaba estaba en peligro, que iba á salvarlo y que invitaba á los comisarios franceses á que le siguieran si querían ponerse en salvo. Al amanecer del 20 salió Prim de Orizaba con el último escuadrón y encontró á media legua á la división francesa que avanzaba en son de guerra; al verle los jefes franceses, tocaron ¡alto! los clarines y acercándose Jurién de la Gravière le dijo:

—¿Y bien, general?

—¿Y bien, almirante? le respondió Prim.

Ambos permanecieron callados algunos minutos, y rompiendo el silencio el jefe francés, dijo:

—¿Qué ha pasado á nuestro hospital de Orizaba?

—Ayer á las cinco de la tarde tuve el honor de visitar vuestro hospital, recorrí sus salones acompañado del jefe de sanidad, y nada demostraba que hubiera el menor peligro; á las siete, á las nueve y á las once, pasé por delante del hospital y seguía la misma tranquilidad; hoy á las cuatro de la mañana he mandado un ayudante de campo para ver si durante la noche había ocurrido alguna novedad, y todo estaba tranquilo. Vuestros enfermos en Orizaba están tan seguros, como podrían estarlo en los hospitales de París.

Después de haber dicho estas palabras el general Prim, hizo un saludo militar y continuó su marcha.

El día 17 de Abril, estando Almonte en Córdoba, expidió un manifiesto á sus compatriotas, diciéndoles: que hacía muchos días deseaba dirigirles la palabra, con objeto de instruirlos de su venida á la República; pero las circunstancias de estar pendiente un armisticio y de encontrarse bajo la protección de las armas francesas, no le permitían hablar hasta hallar una oportunidad para hacerlo. "Hoy que los representantes de Francia, al encargarse de la situación, manifiestan los verdaderos deseos de los gobiernos aliados, creo de mi deber romper el silencio que había guardado contra mi voluntad y que ha dado lugar á que los enemigos del orden, abusando, hayan publicado proclamas apócrifas."

Decía que al volver al seno de la Patria, no le animaba otro sentimiento que el de contribuir á la pacificación de la República, y cooperar al establecimiento de un gobierno nacional, verdaderamente de orden y moralidad, que hiciera cesar la anarquía y diera suficientes garantías para las propiedades, tanto de los nacionales como de los extranjeros. Se creía á propósito para esta misión por ser extraño á la sangrienta lucha que había desgarrado á México durante tantos años, al grado de llamar seriamente la atención de las grandes potencias occidentales de Europa; ofrecía que sus esfuerzos tenderían siempre á procurar la reconciliación de los mexicanos y hacer que desaparecieran de entre ellos los odios y las discordias. Para llenar objeto tan noble, no tenía que satisfacer ninguna venganza ni pedir recompensa alguna, siéndole suficiente la que la Nación le había dado por los servicios que, cumpliendo con su deber, le había hecho antes y después de la Independencia; su sola aspiración hoy, antes de bajar á la tumba, consistía en procurarle la paz de que por tanto tiempo había carecido.

Decía que teniendo motivos para conocer los deseos de los gobiernos aliados, y especialmente los del Emperador de los franceses, porque se estableciera en nuestro infortunado país y por los mexicanos mismos, un gobierno sólido y de paz y moralidad, para que desaparecieran el pillaje y el vandalismo, reinantes en toda la República, y para que el mundo comercial pudiera gozar de las inmensas ventajas que ofrece nuestro país tan fértil y de tan magnífica situación geográfica, se apresuró á venir para explicar esas sanas intenciones que, por otra parte, im-

plicaban la idea filantrópica de asegurar para siempre la independencia, la nacionalidad y la integridad del territorio mexicano.

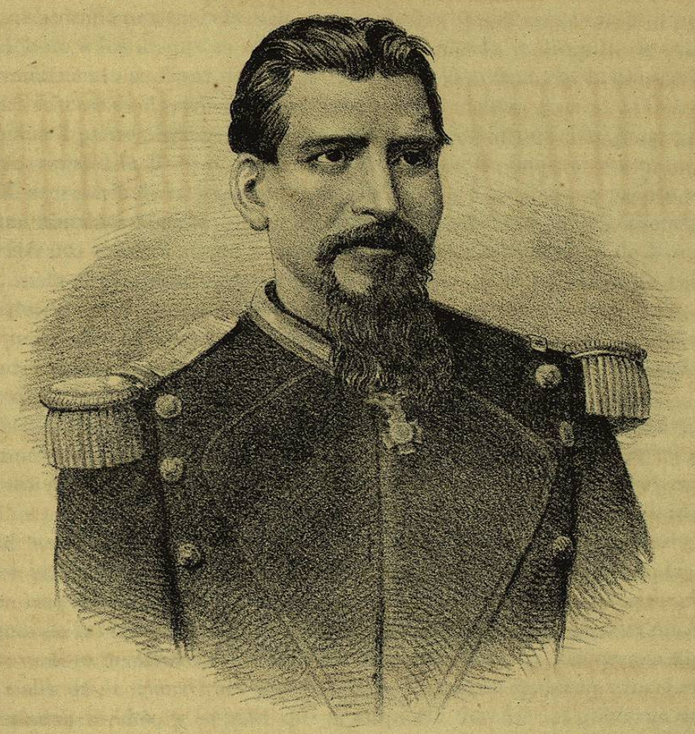
"Para el establecimiento de un nuevo orden de cosas, dijo, debéis confiar en la cooperación eficaz de la Francia, cuyo ilustre soberano hace sentir siempre su bienhechora influencia, por donde quiera que es necesario hacer que prevalezca una causa justa y civilizadora." El Manifiesto terminaba así:

"¡Mexicanos! Si mis honrosos antecedentes, si mis servicios á la Patria, ya en la lucha gloriosa de nuestra independencia, como en la dirección de su política en las diversas épocas en que he formado parte de nuestro ministerio, ó cuando he representado á la Nación en el extranjero; si todo esto puede hacerme merecer vuestra confianza, unid vuestros esfuerzos á los míos, y estad ciertos que obtendremos prontamente el establecimiento de un gobierno tal como conviene á nuestro carácter, á nuestras necesidades y á nuestras creencias religiosas. Así os lo asegura vuestro compatriota y mejor amigo."

También el jefe José M. Gálvez publicó una proclama, sosteniendo que la Independencia de México no corría riesgo, que aceptaba la noble y leal protección de las armas francesas como un bien del cielo y veía en el nombre de Almonte un programa en el que estaban inscritas las ideas de amor á la Patria.

El día 24 de Abril fueron arriadas las banderas española é inglesa que desde Enero habían ondeado en Veracruz, y en ese acto las saludaron con los tiros de ordenanza. Los gobiernos español é inglés aprobaron la conducta de sus respectivos representantes, siendo notables en este punto los despachos cambiados entre el comisario inglés Sir Charles Wyke y lord John Russell, fechados el 28 de Abril y 22 de Mayo. El Sr. Serrano, en su calidad de gobernador del Departamento de Veracruz, había nombrado empleados para las oficinas de la plaza, inclusos los de la aduana marítima; en una proclama manifestó el programa que se proponía seguir, ofreciendo protección á todos los partidos y castigar con severidad á los perturbadores del orden, la paz y moralidad; también publicó otra proclama el comandante Roze.

El capitán general de la Isla de Cuba comunicó á su gobierno en un oficio, que los plenipotenciarios franceses se habían negado á entrar en conferencias y que le manifestaban haber firmado el convenio de la Soledad solamente por deferencia personal al general Prim; que se retiraban y despues seguirían sus operaciones sobre México. Las fuerzas españolas emprendían su regreso á Veracruz, y Prim pedía al capitán general trasportes para conducirlas á Cuba. El general Serrano reunió el gran consejo, explicó la situación, y convino que la retirada no era un paso demasiado grave, para darlo sin orden del gobierno. Se decidió que la retirada á Veracruz era buena; pero no el abandono del país. El 17 de Abril enviaba el general Serrano un extraordinario informando al general Prim de tal resolución, y designó al general Gasset por si creía Prim que su honor le exigía separarse del mando. En el mismo sentido, de que la expedición española no debía retirarse,



Coronel D. Gregorio Mendez.

Cuando la ciudad de San Juan B. Tabasco fué tomada por el general almontista D. Eduardo G. Arévalo, se retiró á Comalcalco el capitan de guardia nacional D Gregorio Mendez. Allí se pronunció en Octubre de 1863 y despues de algunas viscisitudes triunfó en el combate del "Jahuactal," en seguida sitió y tomó la capital del Estado, el 27 de Febrero de 1864. Por estos hechos fué ascendido á Coronel del Ejército permanente y nombrado Gobernador y Comandante militar del Estado de Tabasco.